

chidas de frescor aquellas en que describe “aquella nunca jamás pisada, de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves” junto con esa majestad formidable que sabe expresar al describir los Andes, en la que parece que colocara moles sobre moles, sabe también recoger la ternura infinita de la queja amorosa como nos lo describe en el bello párrafo que dice:

“Aquella flauta que desde el otero me llama con mucha pasión y ternura”, expresión del dulce erotismo indio.

Antes de dejar el Cuzco visita las momias de los desenterrados emperadores, y coge la mano firme del gran Huayna Capac, este es el último recuerdo de su Cuzco, dar el adiós postero a la representación material del pasado, que tanto impresionó su existencia, dar su mano llena de vida nueva, a lo muerto para siempre, es el símbolo del Perú nuevo que se despedía del pasado.

Desde España ama más que nunca al Cuzco, la lejanía acrecienta su instinto de nostalgia y este mitimae, enclaustrado por la Geografía abre las ventanas de su emoción al recuerdo, volcando en sus libros la historia inmortal de su pueblo.

Garcilaso es el Herodoto de nuestra historia y el Homero de nuestra raza.

**DISCURSO PRONUNCIADO EN EL SALON DE ACTOS DE
LA UNIVERSIDAD DE SAN ANTONIO DEL CUZCO,
EN LA ACTUACION DEL DOMINGO 16, POR EL
MINISTRO DEL ECUADOR EN EL PERU Y
REPRESENTANTE DE LAS ACADEMIAS DE LA
HISTORIA Y DE LA LENGUA DE QUITO,
DOCTOR GONZALO ZALDUMBIDE**

Venir a esta ciudad insigne, a la que ya Garcilaso con su claro instinto de grandeza y perdurable acierto de expresión,

llamó "otra Roma", es para todos y en cualquier sazón uno de los más altos placeres del espíritu y de los sentidos. Y venir a honrar en su cuna, en tan solemne conmemoración como ésta, al primogénito de nuestras letras, al americano por esencia y por excelencia, es oportuno y bien venido privilegio. Particularmente adicto a este deber americano de honrar a uno de los primeros, al mayor analista de nuestros orígenes, al primer y mayor épico de la doble, dos veces noble, alcornia que al Perú da rango de excepción en la historia, las dos Academias de Quito han querido hallarse presentes en este recuerdo primigenio y me han honrado con su representación.

Deber de todo americano culto, consagrar a Garcilaso una hora de reminiscencia que tiene de ser esperanza, para seguir en espíritu la trayectoria que él dejó trazada como un zodiaco de la sombra incierta del pasado a la certidumbre del porvenir. Deber más particular era para Quito, cuyo nombre aparece tantas veces en los **Comentarios**, pues tan ligados estuvieron Quito y Cuzco. Del Cuzco a Quito, el camino del Inca, el Ingañán, como todavía llaman allá los naturales a los trozos que quedan de él, era trasiego constante de gentes y recíprocos menesteres, de autoridades e informadores de artesanos y traficantes de chasquis que hacían la carrera en 18 días; influencia de espíritu y costumbres, cimentada por el habla que los maestros especiales de la lengua Cuzco, como la llama Garcilaso, iban a enseñar, perfeccionar e imponer a lo largo del Imperio.

Y demasiado sabéis que uno de los mayores Emperadores cuzqueños se prendó de la tierra del Quito "por ser la primera que ganaba" el "mozo rico en hazañas", cual es el propio significado del nombre de Huaina-Capac. "En lo que mucho se aventajaron los indios del Quito, dice Garcilaso, porque le sintieron la afición que les había cobrado, la cual creció adelante en tanto grado, advierte el mismo historiador, filosofando, "que le hizo hacer extremos nunca usados por los Reyes-Incas, que fueron causa que su Imperio se perdiese y su sangre real se apagase y consumiese"... Así, serena y me-

lancólicamente se refiere el provector filósofo, al desgraciado, por ambicioso, Atahualpa, a quien el mismo Garcilaso, de rapazuelo, jugando con otros niños cuzqueños, solía en las calles del Cuzco cantarle pullas, imitando, con el nombre de Atahualpa, las cuatro notas del gallo.

Recibid, pues, de la hoy más que antes lejana Quito, esa hermana menor y modesta del Cuzco, este saludo fraterno. Y excusad el discurso; pues ante quienes han oído las magníficas oraciones con que se ha celebrado este centenario, ¿qué puede decir un profano?

Sobre todo, después del insuperable, exhaustivo elogio del Inca, hecho de mano maestra por su condigno continuador eruditísimo y justipreciador cabal de sus méritos, José de la Riva Agüero, cuya obra de reivindicación es cúpula de todo monumento al Inca.

A más de la tersa y atrayente imagen por él esculpida en el más puro mármol de la lengua, nos dió el incommovible basamento de su fama, en la polémica con el anciano Gonzálcz de la Rosa. Estatua y pedestal están ya labrados para las edades, en estos escritos de Riva Agüero, y mal se pueden desenlazar los nombres del uno y del otro, unidos por el amor del mismo suelo y la fuerza de la verdad.

Y qué decir en el orden literario, por lo que concierne a Garcilaso, de la parte de Ventura García Calderón, no sólo porque ha vuelto a poner al alcance de todos las mejores páginas del Inca, sino porque, de los primeros, desde mucho antes, al divulgar por lo alto, como él suele, una selección de la **Florida**, hizo de Garcilaso, en el estilo fulgurante y certero que es el suyo, la revelación, al público extranjero, de lo que significaba un caso como el de nuestro Herodoto.

Ya en su Historia de la Literatura Peruana lo definió en toda su originalidad. Y desde París ha seguido aquel infatigable servidor de las letras peruanas en el exterior irradiando, con su formidable capacidad de trabajo y eficaz poder de acción a todos los ámbitos, la gloria de los mejores nombres y obras peruanas. Ninguno como él para descubrir y definir,

con valentísima originalidad y propiedad, las características de autores, así ignorados como Espinoza Medrano o el enigmático **Lazarillo de ciegos caminantes**, que él no se resigna a no proclamarlo mestizo, como de los consagrados: Palma o González Prada o Chocano. Gracias le son dadas, a cada paso, en Europa, por sus servicios a los curiosos de nuestras letras.

Al dedicarle en su reciente, hermosísima colección, un volumen íntegro a su predilecto Garcilaso, ha hecho un beneficio muy oportuno. Mediante la fácil y nítida lectura del copioso volumen contentivo de sus mejores capítulos, el Inca hoy anda en lenguas por América, Francia y España, no con solo su nombre, que ha sido como el de tantos el de un ilustre desconocido, sino en toda su gracia inmarcesible de clásico siempre actual.

En Garcilaso hemos aprendido, y muchos desde niños, a amar y conocer con placer contrastado e igual, la América prehispana, que es también la nuestra y nuestra España de América, que es la España nuestra.

En el alma de aquel mestizo, de prosapia insigne por ambas progenies es donde, en efecto, vemos pasar, con el más sensitivo estremecimiento la dual emoción de la estirpe ante el espectáculo de su formación y destino.

El íntimo contraste, de sombras y luces alternas, que tan apta y cambiante vuelven nuestra sensibilidad histórica como en vaivén entre dos mundos igualmente propios y contrarios, es en el alma misma del historiador autóctono, donde más a lo vivo lo vemos oscilar, aclararse y augurar.

El hijo de conquistador y de princesa indígena, primer fruto feliz del injerto que iba a prosperar en las sucesivas generaciones fué por tan propicio concurso, la naciente conciencia de un mundo en formación casi contemporáneo de los sucesos que narra, tan vívida es su narración y tan singular y maravillosa la materia de ella, que él es no sólo el historiador, sino, y sin esfuerzo, el primer poeta, el primer novelista de América.

No se desdeñaba de nada porque todo lo de su tierra lo amaba. Fué el primero en el elogio descriptivo del maíz y de sus usos, de la quinua, del molle siempre verde y sus racimos refrescantes en una especie de hidromiel, “del árbol magüey y de sus provechos”, “de las legumbres que crecían debajo de la tierra”, “de la preciada hoja llamada “cuca” y del tabaco, de la cantuta y otras flores”, “de las diferencias de los papagayos y su mucho hablar”, y más cosas “que había en aquella tierra para el sustento, a fin de que no se confundan con las que no había, que después acá nos han llevado los españoles”. No de otro modo que éste, familiar y ameno, describió los dioses y leyendas y con respeto celebró a sus héroes. Por eso la historia y las letras le honran al par, en lo grande y en lo pequeño.

Singular figura. Arrullaron su cuna los cantos de la triste raza vencida, mientras afuera sonaban las dianas anunciadoras de nuevos triunfos de los castellanos. Oía a su madre y parentela materna contar los fastos de sus reyes Incas, y a las matronas cuzqueñas, desposeídas plañir tan infausta ruina. En torno y por turno, vástagos ya tronchados y supervivientes de la nobleza descendida de su cima y poderío nativo, acudían como a un velorio a recordar el pasado de ayer no más y ya para siempre ido.

Llenaban el alma del niño con la nostalgia de sus leyendas; y de mozo, como presintiéndose llamado a hacerlas perdurar, ávido de saber como predestinado a salvar del olvido tan alta gloria, interrogaba a todos, como más tarde a Gonzalo Silvestre para su crónica de la **Florida**.

Imaginémosle así: está oyendo, en las visitas a su madre, el plañidero relato del vencimiento y la agonía del Imperio, cuando en eso resonaba el tropel marcial de los caballos irresistibles, las voces y las espadas y las espuelas de los castellanos que regresaban de pacificar alguna provincia alzada.

Armas y caballos, soldados y palafreneros, letrados y capitanes, compañeros de su padre, maestros y amigos del mancebo, le eran la vida en triunfo; y el avisado mancebo gus-

taba de tratar con ellos del noble arte de la guerra, sintiendo plegarse su ánimo, a pesar de todo, a la irrevocable gloria irrupiente de los conquistadores. Más sabía de armas y caballos que de latines, confiesa él mismo.

Su heredado instinto de caballería, su mismo rango de hijo-dalgo, el ímpetu bullente de su propia mocedad y el sentido de una civilización indiscutiblemente superior aun en medio de su terror y dureza, sentido ya perceptible para su conciencia de historiador en ciernes, aminoraban en su alma el poder letal de la elegía materna. Sin embargo, a piedad y fidelidad lo llamaba, desde temprano, la desgracia ilustre que expiraba en su derredor.

En las páginas admirables de candor y fuerza de sus **Comentarios Reales**, infusa está y como manando de vertiente montañosa, toda la poesía de esta ínclita dualidad, de esa verdad siempre dramática del doble origen, tan sensible a toda alma americana, alma por fuerza mestiza, aun en el caso de pureza de la sangre, pues no sólo opera el mestizaje en la sangre.

De sangres y glorias contrarias y aún contradictorias está hecha nuestra América de hoy, varia y una y única, aunque múltiple. Unos tienden más, por simpatía o por prejuicio o por educación hacia lo indio, otros a lo blanco. En mi escuela de primeras letras, el buen maestro de escuela, de tipo ya desaparecido, que se había deleitado en la parte idílica y arcádica de los **Comentarios**, al enseñarnos la historia no se consolaba de la desaparición de esa era en que sólo veía la edad de oro, porque en ella el oro no era codicia. Nos enternecía sobre la suerte de los príncipes americanos coronados de halo tan infausto, le dolían la tradición y el dolo, revivían las escenas como un drama actual. El ingenuo maestro era un mestizo que debía su existencia a los sucesos que condenaba y sin los cuales no hubiera sido el que era.

Desventurado Montezuma, desventurado Atahualpa, crueles Cortés y Pizarro....

Sensibles, como todos los niños, a esa endecha mortuo-

ria, pero sensibles también a la épica de la conquista, defendernos no podíamos de cierta admiración y pasmo ante el valor sobrehumano de esos hombres blancos que hasta allí llegaron en buques fantasmas y pudieron ser arrollados y no lo fueron y se hallaron pronto crucificados entre la palabra dada, de caballeros, y su destino de conquistadores inverosímiles. Decapitar el Imperio les fué, en Méjico y Cajamarca, fatídica necesidad. Más, frente a la fatalidad de esa hora decisiva no todo fué alegría bárbara en esos civilizados. Patética perplejidad la de su conciencia de cristianos viejos, que aunque encallecida por la guerra y el hambre y la necesidad, por algún resquicio se les filtraba luz de compasión. Obedecieron a su misión por el lado más flaco y universal: el de la política necesaria. No de otro modo pereció Huáscar a manos del mismo Atahualpa. Y los hados de América se cumplieron.

Una tarde, sentado el que os habla en el umbral derruido de la casa de Pizarro, en Trujillo de Extremadura, sintió converger de pronto como a un solo punto de la conciencia todos esos pensamientos tímidamente incoados desde la escuela primaria.

Sí, ahí estaba la casa del porquerizo que de allí huyó a Andalucía y de allí se embarcó para las Antillas como Cortés, y de allí vino como Balboa hasta Panamá y de allí por la mar del Sur, a la gloria imperecedera. ¡Cuánta vida y cuánta gloria, cuánta, cuánta, nos había salido de Extremadura a dilatarse hasta el Cuzco! Con sólo enumerar nombres de lugares y gentes, que vasto panorama de historia, que ríos de múltiple sangre, que diversidad de almas, que imponente caudal de linajes de venturas y desventuras, de virtudes y vicisitudes, de fortunas y de infortunios, de creencias y de querencias, de costumbres y modos de pensamiento y de acción, no habían dimanado de la Peínsula entera, como de providencial inexhausta fuente, tras del pastor huidizo que vino a dar al Cuzco y que, muerto en Lima, todavía sigue presidiendo desde su túmulo, donde sólo en apariencia yace, el sucederse

de hombres y siglos conforme al empupje inicial con que el mismo imprimió nuestro rumbo a la independencia definitiva. Ha cuatro siglos que manda.

La magnitud y la enseñanza misma del Cuzco, no deben hacernos olvidar, como a ninguna hora lo olvidó Garcilaso, dechado de americano integral, la obra de España en América. Epoca prodigiosa que no se repetirá, la de la conquista y la colonia. "Los caballos eran fuertes, los caballos eran ágiles", dice Chocano en su Oda, como si, en comparación hasta los caballos de ahora hubiesen, como los hombres, venido a menos. Pasmosa fué, asimismo, la civilización incaica, civilización arquitectónica por excelencia y que hasta a su política dió una arquitectura de líneas amplias y rígidas; pero tampoco se repetirá. Grandiosas són estas ruinas del Cuzco. Pero, si no fuera porque aun superviven en torno y porque están unidas a nosotros por tantos vínculos, los vástagos de la raza que erigió estos testimonios de su poder, estos mismos monumentos ya inánimes, vaciados de su contenido a los ojos mismos del atónito Garcilaso, serían para nosotros tan yertos y ajenos como las ruinas de los caldeos o los asirios. Otra es ahora la vida aun para los mismos indios puros. Y todo intento de reviviscencia, por respetable que sea en lo sentimental es puramente ilusorio, o sirve de ingenuo móvil a abstrusos y aún más extraños mesianismos de tabla rasa. Ante estas ruinas cíclopes detengámonos por un momento a pensar también en el trabajo de Sísifos que es aún ahora la instalación material de la civilización en nuestras selvas y sierras todavía bravas. Imaginémonos que tuviéramos aún que hacer todo lo que los españoles nos dejaron hecho en nuestros campos y en las ciudades que nos legaron ya triseculares para honra y prez de la antes barbárica América. Decid si el ánimo no se doblega al solo considerar lo que supone esa lucha contra la distancia arisca, el tiempo lento y la naturaleza terca, en esa y que fué antes el Imperio del viento en la puna, de la soledad y aislamiento entre los peñascales. Todo el aspecto

habitable humano, civilizado en la ardua región andina de toda América, obra es de España o de su impulso se deriva.

Cuánto le debemos.

Pero ahí es nada, aquello de suponer que tuviéramos de rehacer o de improvisar todo el aparato el aspecto externo de la civilización urbana y campesina que ellos montaron transportándolo todo a lomo de tardas mulas o de indios. Lo trágico hubiera sido que nos hubiésemos quedado sin el irremplazante agente de intercomunicación espiritual con la Europa madre y maestra, sin esta lengua que nos permitió aprender y aprovechar y continuar el alma del mundo antiguo, adheridos ya al tesoro hereditario de la cultura de los siglos; sin esta lengua que nos incorporó de lleno a las corrientes del pensamiento universal.

En ella vertió al mundo su caudal el Inca Garcilaso. De poco le habría servido escribir en quechua. Figúremonos la diversidad de la vasta América, ahora una en alma y cuerpo, hablando babélicamente las lenguas de las Mayas, los Chipchas, los Caribes, los Guaraníes, los Araucanos y cien más naciones de gentiles, cómo entendernos entre nosotros mismos y con Europa.

La lengua, reflejo o espejo del alma, es lo que hermana más hondamente. Ocasiones como ésta en que se trata precisamente de un escritor de tan buena cepa, de habla sabrosa y abundante, de espontánea y fina sintáxis, incitan a parar mientes en cuanto entraña la virtud de un común idioma. Y que éste, que es ahora el nuestro, sea una lengua ilustre entre las ilustres, equivale a participar de su gloria y sabiduría en el acervo de siglos, como de herencia que ni España mismo pueda disputarnos.

Usamos uno de los instrumentos más poderosos con que haya contado la humanidad para el lento ascenso de la Verdad, a la belleza, al bien. Así no nos hubiera hecho España otro don que el de su idioma preclaro, gratitud infinita deberíamos.

Por obra de España, gracias a su lengua pudo Garcilaso mostrar su América a Europa y hacerla soñar en ella como en un refugio para la humanidad.

La transfusión de la lengua marcó para siempre el destino de nuestra América. Podrá ella, quizá, continuar llamándose, como Chocano:

Una mitad soy Inca, otra mitad Virrey...

Pero fué la marca virreinal, la lengua, la que había de imprimir su sello imborrable, en la sucesión de los tiempos.

Del lustre que dió a la lengua Garcilaso, testimonio es el elogio de Riva Agüero, elogio tan bello a su vez, que durará lo que la lengua en que está escrito. El amor al quechua, su lengua materna, aún dado que la hablara al par de la castellana no podía inducir al Inca a rendir culto a sus reyes en su habla propia.

Bien sabía que hablar en castellano es de suyo dar alcurnia al discurso.

Merced al lazo fraterno de la lengua, no es menester entrar a discriminaciones de los componentes de nuestra tan varia sangre para definir la a menudo indefinible raza, complejidad inextricable en ciertos casos, pero de resultado patente en la innegable comunidad. Patente está, aunque de orígenes indiscernibles, patente aún en el simple modo de ser, de pensar, de vivir y hasta de morir, este secreto de comunión americana.

Bien llamamos madre a España.—Hijos de su lengua somos. Quién infunde la lengua dá el alma: los vocablos son los moldes de la sensibilidad. No hace al caso cual sea la estirpe. Ni el indio puro de nuestras selvas deja de llevar este signo de haberse trocado su antiguo Imperio por otro mayor y más alto.

La docta y blanda resignación de Garcilaso es buena prueba de lo que debemos ser. Y este Cuzco arcaico en que se funde, crisol perenne el metal de las dos razas nobles por igual, no de otro modo ha resuelto el problema de su destino. Ciudades como ésta son ciudades con alma. Hablan al espíri-

tu tanto como a los sentidos. Ciudad como ésta rica de pasado en nación como ésta, rica de porvenir, da al Perú su envidiable prestigio. Desnudos de alma son muchos paisajes que agrandan a los ojos. Costumbre tenemos de celebrar la belleza de nuestra naturaleza. No dudo de ella, pero ríos y montes y valles, poco más o menos en todas las latitudes son parecidos. Otro es el ascendiente inconfundible del paisaje de historia, es decir de alma. Poco más imponentes y atrayentes con su misterio y con su verdad que éste del Cuzco. Y el alma toda del Cuzco, está en cifra y compendio en la obra persuasiva y emotiva del mayor y mejor de sus hijos.

NOTA.—La extensión de los artículos debidos a prestigiosos escritores con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Garcilaso, nos obliga a reservarlos para otro tomo de la REVISTA.